

B I B L I O G R A F I A

ENRIQUE RUIZ GUÍNAZÚ. *El Deán de Buenos Aires, Diego Estanislao de Zavaleta*. Buenos Aires, 1952. Ediciones Peuser. 4º - 260 pp.

Todo cultor de nuestro pasado que haya penetrado alguna vez en las primeras décadas de nuestra independencia, se ha visto necesariamente de frente a aquel Deán de Buenos Aires, menos conocido que el de Córdoba, pero igualmente digno de ser estudiado y puesto de relieve, como quiera que su personalidad se distinguió entre los muchos clérigos que figuraron en el gran mundo de la Revolución, así por sus dotes personales como por su actuación en la cátedra y en las asambleas.

El autor de este libro se entregó a la noble tarea de reconstruir la vida del Dr. Diego Estanislao Zavaleta y dió cima a su propósito en doce capítulos en que estudia sucesivamente los antecedentes familiares del Deán, sus estudios universitarios en Buenos Aires y en Charcas, el cursus honorum como eclesiástico, su participación en los Congresos, su actitud firme frente a Rosas, su regalismo y, en fin, la valorización de su vida y de su obra.

Está visto por la simple enumeración de los tópicos que abordó el autor que en el día puede decirse que el Deán Zavaleta cuenta con una biografía, a la que acudirán los estudiosos que lo encuentren a su paso en sus excursiones eurísticas.

Este es el aspecto positivo del trabajo que comentamos. Queremos con esta aclaración anticipar que la obra ofrece, a nuestro criterio, sus flancos a la crítica. Advertimos, por de pronto, ciertas lagunas en la documentación. El autor nos describe la actuación del Deán del Cabildo Eclesiástico y no da muestras de conocer el Archivo de esta corporación. Es de lamentarse igualmente que el autor no haya entrado decididamente en el estudio de las ideas del Deán. Este aspecto lo consideramos muy importante. Los historiadores han tratado a grandes rasgos los hechos externos de aquella época, pero muy poco se ha adelantado en lo concerniente a la posición doctrinaria de los eclesiásticos. Porque el esclarecimiento de la ideología de los clérigos explica, a veces, su conducta frente a lo acaecido. Tal el caso de los dos Deanes en la reforma eclesiástica. Cuando Rosas —citemos otro caso— afirma que la presentación de Zavaleta para Obispo de Córdoba no sería bien acogida en la Curia Romana en virtud de su ideología en materia dogmática, dice una verdad para todo aquel que ha leído los dictámenes de Zavaleta. Que Rosas procedió por razones políticas, está claro. Pero que sobre las doctrinas del Deán el Dictador hablaba con conocimiento de causa, nos parece igualmente cierto.

Todo ello sea dicho para que no quede oculto nuestro deseo de ver un día la historia de la Iglesia enfocada integralmente, y sin perjuicio de la opinión favorable que nos ha merecido la obra que comentamos.

AMÉRICO A. TONDA.

En la actualidad, todo libro que ayude a profundizar y revisar nuestra Historia patria ha de ser recibido con mucho entusiasmo y agradecimiento, porque nos presenta con mucha mayor exactitud nuestro pasado histórico y despoja a nuestros antepasados de esa dureza de estatua, con que nos los presenta la historia oficial, la cual no es falsa por ser oficial, sino por no atreverse, y mejor, por no querer, cumplir las leyes que los autores de la antigüedad clásica ya señalaban a los historiadores.

Gracias a Dios, el sensato y verdadero revisionismo histórico va a adelante en nuestro país, paralelo, en contra o con prescindencia de la historia oficial, que aún embota las mentes de los únicos privilegios de nuestra patria. Y así, entre los que no quieren modificar nada y los que desean ver todo destruido, va el revisionismo histórico procurando cumplir el ideal de la justicia: *suum cuique*. Por esto, como en sueños, podemos ver que muchas estatuas desaparecerán, otras cambiarán de dueño y algunas pocas conservarán su gloria y su belleza.

A que este sueño se convierta en realidad, nos viene a ayudar el libro del Pbro. Tonda, que anunciamos. La presentación exterior y la impresión honran ciertamente a la editorial Castellví, poniéndola a la par de nuestras mejores editoriales porteñas. En nuestra atenta lectura no hemos podido hallar más que sólo dos errores tipográficos (sazones por razones en la pág. 38, y un punto y coma, que debe ser solamente una coma), lo cual demuestra el cuidado y la preparación de los tipógrafos santafesinos.

El gran mérito de esta lucubración está en que el autor no se ha contentado con compulsar los documentos depositados en el Archivo General de la Nación, como lo han hecho otros historiadores, con lo cual sólo han conocido una de las partes en pugna, sino que con gran acierto ha dirigido sus pasos a los archivos del Arzobispado y del Cabildo Eclesiástico de Buenos Aires, con la cual como dice el autor: "El resultado no habrá de ser un cambio fundamental, en el concepto que de Medrano nos permitieron formar los autores antes citados, sino más modestamente completar las líneas de un cuadro ejecutado en base a una técnica perfecta, pero con materiales insuficientes" (p. 8).

El subtítulo del libro nos da una idea de su contenido: *Sus actuaciones en la reforma eclesiástica*: es decir, el autor considera y estudia a esos dos personajes en relación con la malhadada reforma eclesiástica de don Bernardino Rivadavia, como ministro del gobernador de Buenos Aires, que en aquellos momentos lo era el General Martín Rodríguez.

Cap. I: Se prepara la reforma: el autor da cuenta de los distintos decretos dados por Rivadavia con respecto a cosas y personas eclesiásticas y religiosas, con anterioridad al 21 de diciembre de 1822. No se ve clara la actitud del Cabildo eclesiástico, que aparece dando largas al pedido de informes del gobierno, siendo así que sus miembros principales, Zavaleta, Ramírez y Gómez, eran amigos de Rivadavia y partidarios de la reforma. Tal vez un estudio más detenido y profundo de cada uno de los canónigos pueda arrojar un poco de luz sobre este punto.

Cap. II. Elección y Renuncia de José Valentín Gómez; III. La Elección del Dr. Medrano; IV. *Curriculum Vitae* de Medrano. V. Los decretos del 1º de julio: Con esta fecha se dan varios decretos. Los relacionados con la Iglesia son los siguientes: desaparece la Hermandad de Mujeres y del Colegio de Huérfanos, se confiscan los bienes del Santuario de Luján, se suprime el Hospital de Santa Catalina y el Convento de la Recoleta y el cargo de Vicario Castrense y para los religiosos se suprime toda superior que no sea el Ordinario. El Provisor

contesta el 3 de julio: "La gravedad y trascendencia de este mismo negocio, la dignidad del cargo que ejerzo en el día y varias otras consideraciones me ponen en la necesidad de representar al mismo Gobierno algunas dificultades que ofrece aquella medida. Tampoco dudo que S. E. que sabe cuánto importa para tales casos el acuerdo y connivencia de ambas autoridades, me permitirá exponer aquéllas y llenar, como corresponde, los deberes de mi Ministerio.

Ya tenemos al protagonista y al antagonista, el uno frente al otro; como dice el autor: "El Provisor exigía la colaboración de ambos poderes en el arreglo de las cosas de la Iglesia. El Ministro, en cambio, atrincherado en su estatismo absorbente, se creía autorizado para tomar en sus manos los principales resortes de la Iglesia.

Cap. VI: La primera representación de Medrano. Dada la ninguna atención, que se le había prestado, el Provisor se resuelve acudir a la Sala de Representantes y así lo hace, el 8 de julio, recordando la incompetencia del Poder Ejecutivo para proceder en la materia, y menos por sí solo, sin intervención y acuerdo de la autoridad eclesiástica; subraya que el decreto destruía los institutos religiosos y atacaba sus derechos de seguridad y propiedad, además de los fueros y prerrogativas peculiares de la potestad eclesiástica, y pedía, consiguientemente, se sirviese la Honorable Junta ordenar la suspensión del decreto, hasta que examinado su mérito, fuese susceptible de sanción o repulsa. La petición del Provisor, y otra de los PP. Dominicos, influyen para que los Representantes aprueben los siguientes dos artículos: Pátese oficio al Gobierno significándole que, en atención a lo expuesto por el Señor Ministro a la Sala, ésta espera que nada se innove en la materia, a que dice referencia el proyecto de reforma. 2º La comisión de legislación informará a la Sala sobre dicho proyecto, lo que juzgue conveniente, a la mayor brevedad.

El absolutismo del Ministro acababa de sufrir, con este paso, una derrota momentánea.

Cap. VII: La segunda representación de Medrano:

Rivadavia vuelve a la carga rápidamente, repuesto ya de su anterior derrota. El 22 de septiembre eleva a la Sala de Representantes un proyecto de ley, que constaba de 30 artículos: suprimía las exenciones de los regulares, abolía el fuero eclesiástico y los diezmos, clausuraba el seminario, reorganizaba las Parroquias y suprimía los conventos. Como se puede ver, este proyecto era de vastos alcances. Así lo entendió el Provisor y, con ese motivo, eleva a la Junta de Representantes su segunda representación, con fecha 9 de octubre. El autor del libro nos ofrece una síntesis de este documento, prácticamente desconocido por nuestros historiadores. En el Apéndice documental, esta segunda representación de Medrano ocupa 18 páginas de letra apretada. El digno sacerdote no niega la oportunidad de la reforma, y para confirmarla, trae una serie de argumentos en base a la situación imperante por aquellos tiempos en la provincia. Pero arremete valientemente contra las pretensiones del gobierno, de llevar adelante "por sí solo" la reforma eclesiástica y expresa su indignación en trozos emejantes al que copiamos a continuación:

"Sí. ¡Reforma! ¡Dignidad del Clero! ¡Ventajas de la Religión! Esta es la máscara, con que se desfiguraron todos los falsos reformadores desde Focio y Enrique VIII hasta Federico II, la Asamblea de París, el Sínodo de Pistoya y las Cortes de Cádiz... ¡Hipócritas! Ya os conocemos... Destruís los establecimientos de piedad, os apoderáis de los fondos del culto y ¿os llamáis reformadores? Calumniáis a los ministros del Santuario, exageráis y generalizáis sus defectos y ¿decías que pensáis dignificarlos? Combatir los dogmas fundamentales; negáis el primado de honor y jurisdicción del sucesor de San Pedro y ¿predicáis

al pueblo que vuestros proyectos traen ventajas a la Religión?... Ya os conocemos, fraudulenta intriga... Sois discípulos de Voltaire...".

Hay que leer todo el documento para darse cuenta de la limpieza de doctrina que Medrano presenta en su memorial y de la ceguera de algunos miembros del clero porteño, que no sólo no se oponían a la reforma del ministro-sacristán, como con justeza se le ha llamado a Rivadavia, sino que lo apoyaban, declarando ser ortodoxas sus ideas.

Cap. VIII: Los principios de Medrano. Las apreciaciones de Sallusti.

Breve y sensatamente juzga el autor del libro los principios en que se basaba Medrano para atacar la reforma Rivadaviana y coloca en su justo lugar las apreciaciones que el abate José Sallusti, secretario de la misión Muzi, hiciera de este documento en el quinto tomo de su *Historia de la Misión apóstolica*.

Cap. IX: Se ordena la destitución del Provisor:

El 11 de octubre se da entrada en la sala de Representantes al documento de Medrano. Rivadavia, que estaba presente, pide la palabra, y, como dice el autor, "se despojó de todo eufemismo y desahogó toda su ira, efecto de larga rumia". Al finalizar, dijo: "Lo oportuno... es destituirlo del cargo, excitando al Cuerpo Capitar a que haga uso de las facultades que le son privativas". El autor resume la cuestión con las siguientes palabras: "Declarado el asunto suficientemente discutido, se acordó por mayoría de votos: 1º pasar copia certificada de la representación, al Gobierno; 2º oficiar al Ejecutivo para que incite al Cabildo a deponer al Provisor; 3º nombrar una comisión especial para un más detenido estudio de la representación".

Medrano desconoció formalmente en la autoridad civil la facultad de arreglar las cosas de la Iglesia, sin la colaboración y connivencia de la autoridad espiritual. En virtud de esta actitud, considerada ultramontana, la Sala dejó caer sobre el Provisor el peso de su autoridad, acordando su deposición.

Dos representantes solamente tuvieron la hombría de salir en defensa de Medrano: Díaz Vélez y Rivas, seglares ambos. De los sacerdotes presentes en el recinto de la Legislatura, unos prefirieron permanecer callados en todo el decurso del debate, y otros, como Agüero y Gómez, marcaron rumbos en la discusión. Dos de ellos, además de su calidad de eclesiásticos, eran miembros del Cabildo Eclesiástico: Valentín Gómez, que desempeñaba en aquella Corporación el cargo del Tesorero, y el Deán Don Diego Estanislao Zavaleta.

Cap. X: La deposición de Medrano:

Desgraciadamente, en el Cabildo Eclesiástico no hubo nadie que levantara su voz en contra de un pedido tan extraño de parte del gobierno, y ni siquiera para defender la persona de tan benemérito Provisor. A lo que parece, todos los canónigos estaban de acuerdo con la reforma rivadaviana, y, sobre todo, con la destitución de Medrano, como en particular consta del arcedaán Ramírez.

Cap. XL: Aspecto legal de la deposición:

Esta visto, por los documentos que aduce el autor en este capítulo, que la deposición de Medrano, pese a no haber provocado en su tiempo una reacción manifiesta, dejó en las almas la sensación de un acto acerca de cuya legitimidad surgían vehementes dudas.

Cap. XII: Conducta posterior de Medrano:

En este capítulo se demuestra cómo Medrano siguió observando la misma conducta y opinión en este asunto de la reforma, deshaciendo afirmaciones mal fundadas que han asentado algunos historiadores, quienes han pretendido descubrir un cambio en la vida del integérrimo Medrano.

Cap. XIII: Valoración del sacrificio de Medrano:

Sus contemporáneos y la posteridad han estimado el valor del Provisor, y su actitud en defensa de los derechos de la Iglesia, y el premio lo recibe de manos de Pío VIII, quien, el 2 de julio de 1832, le instituyó obispo de Buenos Aires.

El libro finaliza con un apéndice documental, donde se reproducen los documentos más importantes, de que se ha valido el autor en toda su obra.

Si alguna tacha pudiéramos achacar a este hermoso libro del Pbro. Tonda, es cierto deseo que aflora en toda su obra de dejar bien parado a don Bernardino Rivadavia. Creemos que ya es tiempo que se abandone la defensa de este personaje y se reduzca su obra a sus verdaderas proporciones. Y en particular, en lo que se refiere a la reforma eclesiástica, mucho disculpa al famoso mulato las ideas que corrían por aquellos tiempos y que no sólo gobernaban las inteligencias de muchos seglares, sino también las de muchos eclesiásticos, como por desgracia, lo demuestran los componentes del Cabildo Eclesiástico de aquella época. Pero, apesar de todo, nos cuesta absolver de toda culpa a don Bernardino, por la magnitud y certeza de sus golpes en contra de la Iglesia católica. Dice el Pbro. Tonda: "Verdad es que Medrano tacha de impío al Gobierno; y en esto exageró por lo que a la persona del Ministro se refiere. Rivadavia vivió y murió como creyente y no hay razones para dudar de su sinceridad en la Reforma que realizó, a pesar del sello típicamente jansenista y regalista que la distingue. Excesivo resulta, por tanto, comparar a Don Bernardino con Omar, Voltaire, y Federico II, como lo hace el autor de la representación". Ciertamente, no entramos a juzgar las intenciones que tuvo el "progresista" ministro de Martín Rodríguez, pero creemos acertado el epíteto de "impío", con que Medrano califica el gobierno de la Provincia, justamente por el "sello típicamente jansenista y regalista" que distingue a su reforma, y para confirmar nuestro juicio, nada mejor que transcribir el de Enrique Udaondo, en sus "Antecedentes de presupuesto de culto en la República Argentina", y de quien son estas cláusulas:

"Por lo demás, querer defender la obra de Rivadavia, como algunos lo han pretendido, sería temerario, cuando no ridículo. Lo más que se podría decir en descargo de él, es que fué un teórico soñador del centralismo napoleónico, sin sentido práctico de los medios y del ambiente, ignorante de todo en todo de los asuntos eclesiásticos y de las costumbres del país que pretendía reformar, y en consecuencia fracasó ruidosamente. Necesitó dinero y se incautó de los bienes de los religiosos y de las temporalidades de la Iglesia, quiso echárselas de Pontífice y olvidó que era un laico; se creyó grande, y no pasó de ser una mediocridad, a pesar de lo que hizo por el engrandecimiento de la provincia; aspiró con ansias a conservarse en el poder y comprometió el honor nacional; anheló ser el gran organizador argentino, y "con más bondad que inteligencia, al decir de Alberdi, organizó el desquicio del gobierno argentino... mejoró la superficie, pero empeoró el fondo", vació la Constitución cristiana del país en el molde liberal que sirvió de pauta a la Constitución del año 53" (p. 44).

Creemos modestamente que en la afirmación de que Rivadavia era católico, hay un pequeño error con respecto al concepto que se ha de tener de un hombre católico. No basta que un hombre comulgue y oiga misa cuando lo manda la Santa Iglesia Romana y haga otras obras de piedad. Es necesario que todas sus obras y, sobre todo, sus principios morales tengan el sello de la más pura ortodoxia, y aquí es donde pensamos que falla nuestro Bernardino. Los principios, en que se basaba y que aducía para realizar la reforma, no ostentaban ni remotamente la nota de la ortodoxia más primordial. Eran principios puestos en boga por los Jansenistas y regalistas de aquella época y que Rivadavia servilmente imitó, sin darse cuenta tal vez del daño que hacía al país. Aún más:

sus reformas no eran sino una segunda edición de las muchachadas de los mocetones que en las Cortes de Cádiz habían despotricado, a la francesa, contra las tradiciones más augustas de la España de entonces.

HUGO STORNI, S. J.

FERNANDO A. CONI. *Diccionario Geográfico Argentino* (1877-18803). Prólogo por Romualdo Ardissonne y Advertencia de Fernando A. Coni Bazán. Buenos Aires. Imprenta Coni. 1951. 4º - XXXIV, 514 pp.

Impreso por la Imprenta Coni, lo que equivale a decir, impreso con elegancia y seriedad, nos ha llegado este volumen que no es, como pudiera creerse, un Diccionario Geográfico de la Argentina actual, sino de lo que era nuestro país, entre los años 1877-1880.

Es, sin embargo, la primera vez que se imprime esta obra, aunque en vida de su autor, comenzó a imprimir, pero no llegó a terminar. Los materiales, acumulados por su autor, quedaron en los anaqueles de la Imprenta Coni, sin que se pensara darlos a la publicidad.

Es que el componer un Diccionario de esta naturaleza es sin duda fácil en la Europa de fines del siglo XIX, como resultaría bastante fácil en la misma Argentina de hoy, pero en los últimos tres decenios del pasado siglo, era una empresa muy aventurada, ya que surgían nuevas poblaciones a cada paso, y las antiguas se acrecentaban de tal suerte que su fisonomía cambiaba de continuo. La labor era improba por la inestabilidad entonces existente, y su autor se exponía a que su trabajo resultara anticuado, aun antes de publicarse.

Por ésta, u otras razones, quedó archivado durante más de setenta años y, aunque hoy no tiene "actualidad" alguna para las gentes en general, es de un valor enorme como documento retrospectivo. ¡Ojalá poseyéramos otros libros de esa tesitura y de esa reciedumbre correspondientes a 1820 y 1840 y 1860!

Para quien desea conocer lo actual el libro de Coni resulta hasta hilarante, pero para los aficionados al pasado es un acervo inmenso de noticias preciosas. Su mismo silencio, ya que no se trata de omisiones o pretericiones, resulta instructivo. Nada se nos dice de Posadas, Capital de Misiones, nada de la simpática ciudad santafesina de Arroyo Seco, nada de San Miguel, en la Provincia de Buenos Aires, nada de la populosa y fabril ciudad de Avellaneda, pero la razón es obvia: esas ciudades ni existían en 1880. Arroyo Seco, por ejemplo, no era en 1900 sino una estación de Ferrocarril y tres casuchas contiguas.

Deleite y entretiene este Diccionario al que conoce el presente y lo compara con el pasado, según Coni: Junín, con 896 habitantes, es el punto extremo del F. C. Oeste, pero está unido con Buenos Aires, mediante mensajerías; Mar del Plata es un "pequeño pueblo" cuyo puerto "sirve únicamente para el embarque de los frutos del partido que se remiten a la Capital, pero con el tiempo está destinado a tomar gran importancia"; Lanús es una estación del F. C. Sud, pero "inmediato a esta estación se está formando un pueblo que cuenta ya con capilla y escuela; San Nicolás de los Arroyos "por su población y comercio (después de Chivilcoy) es el más importante de la Provincia, por cuyo motivo recibe el título oficial de ciudad"; Baradero no tiene ferrocarril, pero se halla unido a la Capital por telégrafo y los vapores que navegan el Paraná, lo ponen en comunicación con el litoral"; Campana, con sus 300 habitantes, "es el punto extremo del ferro-carril de Campana que sale de Buenos Aires"; Carcarañá "cuenta ya con una escuela, habiéndose proyectado la erección

de una capilla": la ciudad de Córdoba tiene una población que asciende a 34.458 habitantes, mientras Rosario de Santa Fe casi le llega, pues tiene 30.000 y "la más importante causa del progreso de esta ciudad ha sido el F. C. Central Argentino".

Notas históricas de esta índole de esta postrera hay no pocas y de grande interés. Así Chascomús llama la atención por sus bonitos edificios "como por el espíritu público que anima a sus habitantes", y Lanús se irá poblando porque "en este punto es que se halla situado el Circo Santa Teresa, célebre por las famosas carreras que tienen lugar en él, en las estaciones de Primavera y Otoño".

Creemos que estas escasas notas bastan y sobran para poner de relieve el singularísimo mérito de este Diccionario Geográfico Argentino, compuesto por un tan noble espíritu y cultísimo caballero, como lo fué don Fernando A. Coní, y publicado con amor de hijo por Fernando A. Coní Bazán y con el exquisito arte tipográfico, ya tradicional en la Imprenta Coní.

GUILLERMO FURLONG, S. J.

RODOLFO TROSTINÉ. *Ignacio Baz, pintor tucumano del siglo XIX*. Buenos Aires. Tucumán, 1952. 4º - 210 pp.

La generación de Juan María Gutiérrez, que tan empeñosamente exploró y dió a conocer, en forma benemérita, los valores históricos y los valores literarios del pasado nacional, así los anteriores como los posteriores a 1810, no se preocupó de lo científico ni de lo artístico, por la simple razón de que ni lo uno ni lo otro existía.

No es de lamentar mayormente que no se preocuparan de nuestro pasado científico y de nuestro pasado artístico, pero es de lamentar que gritaran a los cuatro vientos que no había habido, entre nosotros, ni sabios de ley, ni artistas de méritos relevantes. Varios estudiosos de nuestros días y tal vez el último del ellos cronológicamente hablando sea el doctor Juan Carlos Zuretti, han puesto de manifiesto que entre nosotros, así antes como después de 1810, han abundado los hombres de ciencia, abundancia relativa dada la población existente, en las diversas etapas de nuestra historia, y tres estudiosos como Lozano Mouján, José León Pagano y Alejo González Garaño han demostrado que el arte no ha sido preterido por los hombres de otrora.

Aquellos beneméritos varones fueron los pioneers de esta clase de estudios, los que han contado con tan pocos adeptos, y hoy se halla consagrado a los mismos un joven que fácilmente duplicará la labor que ellos iniciaran. No dudamos que a él estaba reservado el producir la historia integral del arte en la Argentina, descubriendo primero y estudiando después, los muchos lienzos, telas, óleos, cartones, etc., que existen aún. Este es un filón que, tenazmente explotado y sabiamente justipreciado, dará enorme crédito al señor Rodolfo Trostiné, como es dable asegurar teniendo presente las monografías de esta índole que lleva ya publicadas.

Hace apenas un lustro que se inició este joven historiador en el estudio del pasado artístico nacional y lleva ya publicadas doce monografías como son las referentes a *El litógrafo Juan F. Guerrin* (1947), a la *Introducción de la litografía en la Argentina* (1948), al *Pintor y litógrafo Alfonso Fermepin* (1948), a las *Miniaturas y miniaturas del período hispánico argentino* (1948), al *Grabado en la Argentina durante el período hispánico* (1949), a *La enseñanza del dibujo en Buenos Aires* (1950) a *La pintura en las provincias*

argentinas (1950), a los pintores *Carlos Durand y Luis Laisney* (1950), a *Tomás Cabrera, pintor colonial salteño* (1950) y a *El pintor Franklin Rawson* (1951).

Sorprende ciertamente esta abundancia de monografías, pero lo más sorprendente no es su número, sino su calidad, ya que contrastan ventajosamente con la gárrula y enfática prosa de otros que se han dedicado a estos temas. La exposición retrospectiva de Trostiné no es de aquellas que pretenden descaminar, como fuegos fatuos, a los eruditos livianos y presuntuosos, envolviéndolos en cendales de palabrería huera y fofa, sino que es la del historiador-artista encariñado con los lienzos, cuadros y miniaturas, no porque sean cosas del pasado, sino porque en ellas hay belleza. El lector de los escritos de Trostiné no se siente encandilado sino que se siente transportado desde las lejanías del ensueño al firme terreno de una realidad histórica y poética a la vez: histórica por lo sólidamente documentada, poética por la verdad eterna de los sentimientos.

Sirva todo lo dicho de mera introducción a lo que queremos expresar con las voces más enfáticas. Con la obra sobre el pintor Ignacio Baz, el Sr. Trostiné se ha superado a sí mismo en forma tal, que no deberá desanimarse si en muchos años no llega, ni a distancia, al punto a que acaba de llegar. El hecho es este: ha hecho entrar en los dominios de la inmortalidad y ha colocado entre los artistas más conspicuos de nuestro pasado a un tucumano, tan benemérito como desconocido hasta el día de hoy. Dichoso el investigador, historiador o cultor del arte, que puede acercarse a una tumba y decir como Cristo al joven de la viuda de Naim: ¡levántate!

Triunfo soberano es éste, pero sube de punto cuando se considera que no sólo nos ha revelado el Sr. Trostiné a un pintor, que nos era desconocido, y era desconocido hasta en el Tucumán, sino que, además de hallar su tumba, ha hallado con ella, como en el caso de Tutankamón, más de un centenar de cuadros, muchos de ellos tan meritorios como los del tan ponderado Prilidiano Pueyrredón. Gracias a su temple y gracias también a cierta intuición propio de los investigadores, y gracias a la generosidad con que el doctor Ernesto E. Padilla favoreció al Sr. Trostiné, pudo éste penetrar en los hogares tucumanos y dar con tantos cuadros, miniaturas, bocetos, etc., del desconocido artista.

Aquel venerabilísimo y cultísimo ex gobernador del Tucumán, a quien el Sr. Trostiné dedica el volumen, en una lapidaria inscripción latina, no sólo le abrió todas las puertas, como acabamos de indicar, sino que movió a sus distinguidos comprovincianos a costear la edición del volumen que tenemos a la vista. Cómo conforta este proceder de los caballeros y de las damas tucumanas, quienes* han contribuido con su generoso óbolo para la publicación de este volumen!

Y hemos de reconocer que éste es impecable, en cuanto a su presentación, y es de un gusto exquisito, aún en sus menores detalles. No creíamos que los simpáticos *Talleres Gráficos San Pablo*, de esta ciudad de Buenos Aires, fueran capaces de rivalizar con los mejores del país, como han puesto en evidencia en esta obra.

Precede a la misma una dedicatoria, en latín y castellano, al doctor Ernesto E. Padilla (1873-1915), sigue una presentación por Manuel Mujica Láinez, sobria, justa y discreta. El prólogo del autor es un modelo en su género. En él historia el origen y vicisitudes del volumen y agradece, nombrándolos justiciaramente, a todas las personas que en Tucumán y en Buenos Aires secundaron sus deseos. Cincuenta y tres páginas de densa lectura nos informan sobre la persona y la obra de Ignacio Baz, jerarquizándose ésta última, según los períodos y etapas diversas. Sin ufanías algunas de "somos los primeros", y sin conven-

cionalismos de índole alguna, y sin comentarios de un subjetivismo artificial, expone Trostiné los hechos y las derivaciones lógicas de los mismos. El escenario histórico en que se mueve todo el arte y toda la técnica de Baz está admirablemente elegido y consignado.

En formato de 115 x 140 mm. aproximadamente, y sobre excelente papel ilustración nos ofrece el Sr. Trostiné 120 láminas en negro y 10 en citocromía. Toda una galería de retratos, pues retratista fué Baz y gran fortuna la cuya el que, después de tres cuartos de siglo, desde su deceso, haya habido quien con amor, y con el empeño que engendra el amor, ha recorrido museos y salones para reunir tan ingente número de óleos y miniaturas. No nos corresponde juzgar los méritos de Baz, pero no hallamos que sea inferior en mucho a Pueyrredón como retratista. Cada uno de esos retratos tiene su personalidad, la que correspondía, sin duda, al caballero o a la dama que posó. Por esto el volumen de Trostiné es una contribución para el estudio de caracteres. Los rasgos europeos y los criollos son de un relieve extraordinario. Felizmente no sintió predilección por los niños y sólo en dos o tres ocasiones los retrató y por cierto en forma harto deficiente. Aún en la pintura de las manos, donde tantos pintores se han estrellado, Baz sale airoso, pero sus niños son decididamente malos. Reconocemos con tanta mayor libertad esa falla, por cuanto nos satisface plenamente y nos ofrece un placer perenne su Celedonio Gutiérrez, su Carmen Zavalía de Zavalía, su Miguel M. Padilla, su Crisanta Garmendia de Helguera, su José Frías, su Salustiano Zavalía, su Facundo Pedraza, etc., etc.

Indiscutiblemente el tucumano Ignacio Baz era un gran pintor y era muy acreedor al regio homenaje que, gracias a la solicitud del doctor Ernesto E. Padilla, y a la generosidad de los tucumanos y al saber y a la erudición del Sr. Rodolfo Trostiné, acaba de hacérsele por medio de este volumen *aere perennis*.

GUILLERMO FURLONG, S. J.

La Isla de la Tortuga. Plaza de armas, refugio y seminario de los enemigos de España en Indias. Por MANUEL ARTURO PEÑA BATLLE. Madrid, 1951. Ediciones cultura hispánica. Prólogo por el ex Embajador de España en la República Dominicana, actual Embajador en la Argentina.

La primera impresión que se recibe de la lectura de la muy interesante y valiosa obra "La isla de la Tortuga" del historiador dominicano, D. Manuel A. Peña y Batlle, es de una gratísima sorpresa, pues, en lugar de las manidas leyendas más o menos históricas de piratas y corsarios, el lector halla la auténtica historia de la minúscula isleta, que no por pertenecer a una insignificante porción de tierra americana, deja de tener el significado "universal" que su autor le atribuye, sobre todo, cuando prueba su gravitación en la línea declinatoria del imperio español en el Nuevo Mundo, torciendo así el destino, de la historia marítima del Atlántico y del mundo.

Hasta hoy, debemos proclamarlo, nadie había insinuado siquiera, para la trágica isleta, el nefasto e ingrato destino que le cupo con relación a España socavando su poderío hegemónico en la política internacional, y en general para el Derecho de Gentes, para cuyo estudio constituye el atentado mayor que existió en su Historia; y es, el historiador dominicano, a quien corresponde mostrar hoy el novedoso e importante enfoque de su nueva interpretación política y económica, que corrige fundamentalmente la clásica historia del Nuevo Mundo en sus proyecciones universales.

Aquel peñón, patria de vagabundos y bandidos, hasta hoy fuente inagota-

ble de la literatura pintoresca y aventurera, se ha transformado de golpe en el centro de nuevos estudios científicos, para probar una nueva verdad histórica: el origen de la declinación del imperio español en América, que mucho mejor fundada que otras tesis históricas, que la buscan en miles de antecedentes y testimonios sin encontrarla, ésta, en cambio, surge con claridad tan meridiana por su gravitación directa, que la coloca a la altura, de la destrucción de la armada invencible o de los terribles fracasos diplomáticos españoles en el concierto internacional.

Para los historiadores argentinos este nuevo enfoque de la historia política y económica tiene singularísima importancia, pues hasta hoy se le daba al Río de la Plata y especialmente a Buenos Aires, el mismo significado que el señor Peña y Batlle encuentra en la Tortuga, con sus contrabandos y filtraciones de plata potosina, como fuente de esa declinación, y que con tanto color, refiere Joseph de Veitia Linaje, en su "Norte de la contratación de las Indias Occidentales" al referirse al contrabando de negros.

Pero ya debemos y podemos rectificar este juicio, pues ni Buenos Aires ni el pueblo dominicano fueron la fuente de aquellos fracasos político-económicos de España, sino, la influencia de aquella pequeña isla, para Centro América, y de otra Tortuga, la famosa Colonia del Sacramento, para el Río de la Plata.

Es curioso anotar como primera sugerencia producida por la fructífera lectura del libro del historiador dominicano, la curiosa identidad existente entre aquella lucha, de dominicanos y bucaneros con la de la misma índole, producida en el Río de la Plata, entre porteños y portugueses. Así, el contrabando con que se inician las primeras escaramuzas en Santo Domingo con motivo de la explotación del ganado cimarrón, es idéntico al que se desarrolla en Buenos Aires durante todo el siglo XVII. Aquellas matanzas de ganado que toman el nombre de "vaquerías" en aquel país, se denominan "vaquerías" en el nuestro, y que tan bien relató, el malogrado historiador Coni, en sus notables crónicas rioplatenses. Tanto en uno como en otro país, serán los criollos, mancebos o hijos de la tierra, los encargados de llevarlas a cabo, para luego trocar su "carne salada" o "charqui", sebos y cueros, mercancías estas últimas codiciadísimas entonces en el mundo marineró, para el calafateo de las naves y el cordaje de las mismas.

Naturalmente, que entre nosotros, fué aprovechada esta coyuntura por el portugués, para acercarse primero y luego adentrarse y llegar a Potosí, entonces la Meca del comercio español, de donde extraía ponderables cantidades de plata, al punto, de que Buenos Aires fué denunciada como la "espita del tonel", por donde colábase el metal blanco, que iba a parar a manos de los enemigos de España.

Como la isla de la Tortuga, la Colonia del Sacramento, fué el primer asiento del enemigo común, para aprovecharse de la industria agropecuaria, para realizar la misma maniobra de saqueo y de especulación. Fué una estafeta importante del camino, un asiento necesario, una cabeza de puente como se diría en el lenguaje moderno.

¿Cuál fué la reacción de la Metrópoli en ambos casos? Veamos: La primera medida adoptada fué, la prohibición absoluta de comerciar con todo extranjero y en consecuencia, expulsados todos ellos, como se mandaba en positivas cédulas reales. Este fué el primer paso, así portugueses y bucaneros, fueron objeto de persecuciones y toda suerte de vejámenes.

Pero esta medida, tanto en Buenos Aires como en Santo Domingo, fué inocua. Allí, los bucaneros se hicieron dueños del campo virgen y abandonado. Aquí los portugueses se casaban con hijas de la tierra, luego protegían a sus connacionales y al fin también hicieron lo mismo.

universal. Fluye de su lectura, una auténtica interpretación de los tratados y convenciones y de su influencia en el Caribe, y critica con mucha verdad la errónea política de la Metrópoli de refugiarse en Tierra Firme, abandonando los puestos marítimos.

Es indudable, que la extraordinaria influencia de los dos más grandes tesoros del mundo de la época, de las dos maravillas del mundo en los siglos XVI y XVII fueron sin duda los cerros de Zacatecas en Méjico y el de Potosí en Bolivia, que se transformaron en las dos preocupaciones económicas fundamentales para España, en cuyo derredor giró toda su política, y a esta causa debe atribuirse el descuido de la Metrópoli por el resto de América. Luego los años habrían de demostrar el grave error, pues las "islas inútiles" del Caribe y la "tierra del hambre" como fué bautizada la del Plata, por rara contradicción del destino habrían de constituir los dos extremos de la pinza extranjera, que con los años ahogaría al coloso hispano. Más aún, y especialmente considerada la región del Plata, el error de apreciación de considerar al oro y a la plata los únicos valores económicos de la riqueza, hizo que la Metrópoli no viera el destino que le tenía reservado esa pampa, cuya expresión vemos hoy en el prodigioso desarrollo de nuestra ciudad, la segunda ciudad latina del mundo y la primera de Hispano-américa.

Es verdad que este misterio lo reveló la cuenca maravillosa de una región inmensa, a la que yo ya bauticé con el nombre de "cuenca del Guaraní", que tiene la originalidad única en el mundo de poseer una región extensísima circundada por montañas inmensas, rica y feraz, con única salida al mar, Buenos Aires, que para colmar la medida, dos ríos inmensos mueren a sus plantas, como símbolo eterno de los cuernos de la abundancia.

Este error económico de España de buscar únicamente las minas como eje de su economía, hizo que sus ciudades se edificaran por lo general en las montañas, y ésto fué sin duda otro de los motivos, por cuales no se preocuparan sus habitantes de la marina, que entonces era sin duda el eje alrededor del cual giraba la conservación de sus estados del "plus ultra" oceánico.

Son dignas de observarse también, otras curiosas coincidencias históricas entre los pueblos dominicano y platense, de como sus hijos luchan noblemente del lado de su patria, formando aguerridas tropas con que se oponen al usurpador, llámense franceses o lusitanos. Destáquese también, de como sus jefes, criollos en el Río de la Plata, sopesaron con el elevado criterio los intereses de la Corona, y de como también, las conquistas fueron abandonadas y poco faltó, para que fueran castigados.

Hace muy bien Batlle en exaltar la figura de Montemayor. Nosotros deberíamos exaltar también la de Antonio de Vera Mujica, vencedor de la Colonia, que ni siquiera cuenta con una modesta biografía que lo recuerde. Ellos fueron los que mejor lucharon para mantener intactas las fronteras de la patria, y que de haber sido protegidos, sus hijos, hoy, no hubieran tenido que llorar la pérdida de millares de leguas en poder de usurpadores.

Las figuras de Le Vasseur, la de Bertrand D'Orgeron, de Du Rausset, y de los personajes que desfilan al frente de la Tortuga, hasta ayer figuras legendarias y borrosas de la historia, aparecen dibujadas con singular colorido por el historiador dominicano, que los entrega al juicio de la posteridad bajo la acción subyugante de que fueron protagonistas.

En fin, un libro, que marca una etapa en la Historiografía Americana. Dios quiera que tenga imitadores, para que en tan pocas líneas admirablemente escritas, puedan contarnos sucesos que conmovieron universalmente a la historia

del Atlántico, y que hoy mueven a la admiración a los que aman a la historia verdadera y auténtica.

Mucha razón tuvo el Sr. Manuel de Aznar y Subigaray en patrocinar con su bien significativo prólogo al historiador dominicano, para que su obra se conociera en el mundo hispano. Bien supo adivinar los valores de este libro, que puede señalarse como una verdadera joya en la bibliografía moderna, guía señera como será para los que luego seguirán la misma ruta, claramente abierta para comprender un instante bien amargo para España, pues señala la declinación de su grandeza. ¿Quién sabe, si como el suscripto, otros también señalen los parecidos o las diferencias con lo ocurrido en su país, para que, encaminados en el mismo sendero, hagamos al fin una historia verdadera, sin prejuicios que lastimen ni exaltaciones que molesten, para que surja enhiesta y pura la acción hispánica en estas tierras, y su historia juzgada por los americanos, como debe ser.

RAÚL A. MOLINA

FULTON J. SHEEN. *"Eleva tu Corazón"*. Editorial Difusión. Buenos Aires, 1952. 8º - 240 pp.

Rápidamente hemos leído este libro de Fulton J. Sheen, Obispo de Nueva York. Mucho tiempo nos llevará, sin embargo su meditación, pues es un curso completo de ejercicios introspectivos y de reflexiones elevadoras, cuya saludable orientación y gaya originalidad le aseguran franco paso entre todos los públicos. Su autor pertenece al número de los religiosos de los que puede decirse que han "realizado". Por "realizar" se entiende entrar con luz propia en los conocimientos más altos, y luego de hacerse uno con ellos, difundirlos con la autoridad que únicamente puede dar el sentirse impelido por una misión irresistible de amor y caridad.

Hay espíritus que no se conforman con las verdades que se les hacen llegar, por alta que fuera la jerarquía de quien los invita al espiritual banquete. Tales espíritus son de tan honrada naturaleza, que no pueden aceptar sin comprender ni comprender sin experimentar. De ellos es también la gloria de poder abrazar una doctrina con tal fuerza de convicción, que cuando se hacen, sus apóstoles son en la grey esas teas que ningún vendaval apaga y que, a grandes distancias, dejan ver su resplandor.

La límpida franqueza y valentía del autor de *"Eleva tu corazón"*, no desdeña considerar las ideas modernas que han apasionado a las dos generaciones que en nuestros días se hallan en acción, como de ningún modo desprecia aquellos chispazos de la sabiduría antigua que por estar en la raíz de todas las verdades, no pueden ser sino saludables doquiera estén y aparezcan. Así es como, por ejemplo, echa mano de la terminología freudiana para hacer comprender su pensamiento allí donde está presente el de la filosofía contemporánea. Ciertamente es que el psicoanálisis pretende que el hombre se conozca a sí mismo (de ahí su fracaso) y cierto es también que el Obispo Sheen, trata de que el hombre conozca a Dios (la única manera posible de obtener el fruto inmortal), pero es innegable que estas confrontaciones son utilísimas a los efectos de poner en guardia a los impresionables, esos que se van tras el último grito de la moda filosófica. Y es que van, no tras las conquistas del saber, sino tras las vanidosas apariencias con que se visten los que divulgan formas ilusorias de viejas o flamantes teorías, todas ellas prometedoras del goce individualista fatal.

“¿Quién soy yo?”, le pregunta santa Catalina de Siena al Señor, y Este le responde: “Tú eres la que no eres y yo soy el que soy”. Si el análisis exhaustivo de una santa que lleva su investigación hasta la suprema autoridad, conquista tal desencanto respecto a su individualidad humana, ¿qué podrá quedar para los que, cruzando un agitado océano de *complejos* llegan al islote central de su triste realidad terrena, imperfecta y finita?

Por eso vale tanto la obra del sabio Obispo auxiliar de Nueva York, la ciudad inmensa, mecánica y triste, con todas las tristezas de lo artificial y mecánico; no muy diferente en el fondo a ésta desde la cual escribimos las presentes líneas...! Vale, sobre todo la obra del Obispo Sheen, porque encara el problema espiritual en una época recargada, de espejismos deslumbradores para los cerebros intelectuales, yendo él rectamente al corazón; valientemente, al centro del ser que espera y tantas veces muere esperando. Pero el llamado no es para los timoratos sino para los valientes. Es como si en síntesis les gritara: “Contempla el negro abismo de tus faltas. Eso eres tú hoy. Resuélvete heroicamente a purgarlas y elévate. No hay otra senda que la de la cruz para al redención”.

El autor, que ha comprendido los graves problemas de la hora, trata piadosamente de hacerlos comprender a sus semejantes. A tales efectos, hace desfilar una serie de las que podríamos llamar radiografías psíquicas en las que las deformidades se descubren, las fallas se evidencian y frente a ellas, se tiende un patrón magistral con el cual poder corregirlas. La única manera de enseñar a ser, es: ¡siendo!. Porque, precisamente en la ciudad monumental de sus actividades, el piadoso Obispo ha operado muchas conversiones. En el centro mundial del materialismo suelen por contraste florecer muchas corolas místicas que sin una mano experta que se les tienda en el momento oportuno, se perderían irremisiblemente.

Como el autor se va desde las páginas iniciales de su obra, a fondo y el volumen no tiene desperdicio, casi no cabe entrar en particularidades; pero despiertan un señalado interés, luego del primer capítulo sobre el ego y el yo, los de la tercera parte intitulados, “Oración y meditación por el pasado”, en todos los cuales se muestran verdaderos hallazgos, que no son otra cosa que los trofeos que trae y muestra aquel que anduvo en batalla.

Todo el libro es una provechosa visita a un taller donde, a la par de las herramientas de trabajo, se muestran las obras concluidas. Es, en otro orden de ubicación, una palestra en la que, quienquiera que se sienta con ánimos, puede ejercitar sus fuerzas para ingresar en la generosa legión de los buenos. Batallas en que probar su arrojo no le faltarán cuando se enrolen definitivamente en los ejércitos de Cristo.

Para los que han hecho su carrera espiritual y cultivan su propio humilde jardín, “Eleva tu corazón”, es como un balsámico sitio de reposo: fuente de saludables ratificaciones. Para los que se determinen a ser mejores, una solemne invitación a no desperdiciar el tiempo y para todos, la alegría de saber que hay varones prudentes que en todas partes donde la Iglesia católica levanta sus templos, aparejan los caminos del Señor, para los que, teniendo sed y hambre de conocimiento no puedan decir que dieron voces y no fueron escuchados. Que sigue siendo verdad y práctica en toda tierra cristiana, el *pedir y se os dará*, porque ciertamente que el cielo está ansioso de tales peticiones y conoce quienes son dignos de una santa respuesta.

RAFAEL ROVIRA VILELLA

Ya tuvimos oportunidad de ocuparnos con bastante extensión de esta obra de Sabsay y Vázquez en ESTUDIOS, cuando apareció el primer tomo, constituido por el tratado de la Geografía y la Historia de nuestro país. Remitimos, pues, al lector a nuestro comentario en el número anterior de la Revista. Ahora, ante la aparición de este segundo tomo, repetimos los conceptos vertidos en aquella oportunidad, ya que tanto el aspecto didáctico de la obra, como su presentación y características tipográficas y editoriales, son casi idénticas a las señaladas en aquella ocasión.

Los países americanos son tratados uno por uno, con un conocimiento correcto y erudito del tema. Nosotros que tanto nos preocupamos por la forma literaria, cuando tenemos que habérnosla con obras de esa índole —y sabe Dios cuánto tenemos que leer, de lo bueno y de lo otro— creemos que esta es secundaria en libro de texto, más aún, que el estilo debe sacrificarse, y si fuera posible olvidarse, en obsequio de la claridad y precisión científica de la obra. Sabsay y Vázquez, logran en este tomo una obra fundamentalmente seria. Las estadísticas que consignan, al absoluta precisión desprovista de retórica que atraviesa las páginas del texto, hacen de la misma un valioso manual, y creemos lealmente, que el alumno que conozca bien a dedo las informaciones que suministra el libro, posee ya un caudal de conocimientos considerable, amplio y adecuado, por lo menos a un criterio.

Otra cosa: si los libros de texto no han de ser —así lo afirmó algún pedagogo— más que clases escritas, hemos hallado en las de Sabsay y Vázquez, algo que hallamos en los poemas cuando se consubstancian con nuestro espíritu, y que denominamos clima. Es ese clima, el que hace que se estudien con agrado y sin esfuerzo las trescientas y tantas páginas de esta meritoria obra.

A. BLASI BRAMBILLA

AGUSTIN A. CUZZANI. "*D'alilah*" (Obra para teatro). Editorial Pedestal, Buenos Aires, 1952. 8º - 70 pp.

Es indudable, que la jerarquización que necesita el teatro de nuestro tiempo, ha de lograr con obras completamente distintas a las que triunfaron en las escenas anteriores. En primer término por su lineamiento estético. Luego por necesitar una dulzura poética mucho mayor. Por último, porque deben ser —nolis velis— de una energía que compense a esa dulzura.

Hoy, Agustín A. Cuzzani, nos hace llegar "*Dalilah*", obra para teatro que nos pone una vez más en contacto con las realidades angustiosas de la escena trascendente. El mismo asunto, o, por lo menos el clima de la obra, reclama una profunda visión profética. Pero ya sabemos que hay demasiados profetas literarios, que en un puñado de poesías, o en algún acto más o menos pesado, han hecho versiones del Apocalipsis, llenas de histerismo freudiano, y de complejos más o menos cinematográficos.

Pero la obra de Cuzzani, es una magnífica revelación de vida, que no se aparta ni siquiera por un momento, de los conceptos escénicos fundamen-

tales. ¿Y sus ideas estéticas? Puede o no estarse de acuerdo con ellas, pero lo que no se puede negar es que poseen una premiosa fuerza litúrgica.

La noche avanza hacia profundidades densas, y ronda en torno de mí como ronda el viento del desierto. ¡He aquí que Dalilah es mujer! ¡He aquí que se han abierto las grandes cataratas del cielo, y una lluvia como lluvia de fuego quema la entraña de la noche. Siento cómo germina y madura la fuerza en el seno del abismo. ¡La fuerza es como metal derretido y candente, y la noche es toda entera mujer, y la mujer es toda ella silencio y espera!

¿Quién podría negar la verdad fundamental, la verdad dolorosa que encierra este solo párrafo? Dalilah es una magnífica expresión del drama bíblico.

He aquí que la noche fué detenida en medio de la tierra, y con ella toda Y nos llega a estremecer la afirmación de su verdad artística, cuando dice: vida, y toda sangre, y toda palabra que en la tierra es. Y vieron las estrellas que la noche era detenida, y remontaron la altura hasta perderse en un distinto cielo. Y la luna resbaló como una lágrima. Y también fué perdida...

.....
Y he aquí que fué rasgado el cielo de los cielos, y oí una gran voz que clamaba: ¡Dalilah! ¡Dalilah!... Oye y aprende.

No podemos afirmar ni negar nada sobre estos párrafos de Cuzzani que acabamos de transcribir. Este se nos presenta ya como una realidad positiva de nuestro teatro vernáculo. Con la frente estereotipada casi en la sangre de las noches, el fuego en la garganta y las manos crispadas, "Dalilah" supera las posibilidades de las tablas, para requerir escenario en la imaginación, y volcar una literatura intensa, como hace mucho tiempo que esperábamos.

A. BLASI BRAMBILLA

EDUARDO ALVAREZ HEYER. *Oda al Hombre - Elegía al hombre*. Buenos Aires. Distribuido por Editorial Pedestal. - 8º - 32 pp.

Alvarez Heyer, se nos ocurre ser un hombre muy joven. Por ello el entusiasmo que se nota en este opúsculo de versos, entusiasmo y voluntad estética, que permiten disculparle algunas de las fallas que comete.

El autor respira un clima poético netamente moderno en estos poemas. Brindemos un ejemplo:

*¿En dónde más, mi cuerpo te hallaría?
Mi joven campeón, ¿qué nuevas marcas
de candor o de fe, mi inteligencia
podría alcanzar para batir el canto
que los hijos olímpicos de Atenas...*

Hay algunos versos en que el autor ha conseguido hallarse a sí mismo. Pero en otros, en cambio se nota una incertidumbre palpable, que es demasiado evidente como para dejar de percibirla. Porque la poesía no es novedad intrascendente, ni búsqueda de la propia originalidad, sino novedad permanentemente expresable, y originalidad total de sí misma.

Para juzgar definitivamente a Alvarez Heyer, necesitamos que el poeta florezca en otros trabajos. El dice:

*Te contemplo, y me place ahora afiliar tu imagen
al cuerpo de ese centro delantero
que en recta avanza por la cancha verde...*

Y si bien tenemos esa incertidumbre marcada, estamos seguros de que el poeta ha de entregarnos cuando el tiempo haya acumulado nieve sobre sus hombros, la verdad esencial de su destino.

A. BLASI BRAMBILLA

A. LOPEZ LUNA. *El Gaucho Smith*, Heath and Company, Boston, 1951
8º - 196 pp.

Una editorial, especializada en libros de texto, publica hoy esta novela de nuestro compatriota López Luna. Vale decir, que su obra servirá para la enseñanza del idioma castellano.

Dejando de lado el aspecto formal de la cuestión, la novela que nos presenta López Luna, es, por sobre todas las cosas, original y personal. Un humorismo delicado, suave, melancólico, diríamos se percibe en cada una de las páginas de esta obra. Libro tranquilo el suyo, se advierte en la contextura del artista una formación dolorosa, ese sentimiento seguro, que siente el pudor de su propia expresión.

El Gaucho Smith, prototipo, o al menos ejemplo de la asimilación de un gaucho a otra cultura, o cuando menos a otros puntos de vista, es una novela increíblemente distinta. Quizás seamos algo sistemáticos en esto de querer hallar distinto a todo lo que nos parece bueno, pero entre una producción tipificada, y más aún en la novela, donde los personajes muchas veces se fabrican en serie, es donde más reconforta el encontrar a la voz verdadera y personal.

Las ideas de López Luna, no son declamadas por sus criaturas literarias en ex discursos verbosos y tremendos, sino que el autor deja que se perciban, escondidas en la infinita dulzura que el autor pone en su obra.

El escenario de la novela, es a la vez, pequeño y extenso. Porque los pueblitos casi ciudadanos en que se desarrolla su trama, forman entidad representativa de algo más extenso y orgánico, que si bien no aparece en el relato, se presiente como fondo a las aventuras del viejo Sir John Smith.

La incompreensión de éste de todo aquello que configure lo típico de nuestra tierra esta patente en cada uno de los renglones de su vida ficticia. Así dice:

—“*Mi querer descuartizar a todos ustedes...*”

Pero la absorción telúrica, que no perdona a hombres ni a costumbres, poco a poco hace que este representante de una tierra lejana, enraíce su alma en esta tierra y diga:

—“*Mi soy el gaucho Smith, canejo*”.

Y sobre su tumba, como un símbolo del viento que cruza las campiñas, y que fecunda los campos, se graba el siguiente epitafio, que disuelve su sangre inglesa en la sangre argentina de un recuerdo:

*Aquí Yace
SIR JOHN SMITH
el último gaucho*

El profesor Laurel Herbert Turk, con paciencia benedictina y con una voluminosa erudición y conocimiento de nuestras costumbres vernáculas, puso un denso prólogo en inglés, notas bilingües, y frases en castellano. La edición, hermosa por donde se la busque.

Anastasio López Luna, ha escrito una novela. Una verdadera y hermosa novela, que si bien ya conocíamos desde 1947, ha de ser seguramente releída con nostálgico placer por quienes gustaron de sus bellezas, casi poéticas.

A. BLASI BRAMBILLA

Cartas de Mariquita Sánchez. Buenos Aires 1952. Ediciones Peuser. 49 - 426 pp.

Esta colección de cartas familiares, guardadas por uno de los descendientes de M. Sánchez, aporta nuevos elementos para la biografía de esta notable personalidad. Expresión femenina y maternal, en su mayor parte expone detalles, por demás lastimosos para el lector avezado. Mariquita Sánchez, con la Gorriti y la Manso, integra una trilogía de mujeres doloridas de ese, todavía oscuro, período argentino.

Sus desgracias familiares y sus preocupaciones económicas marchan a la par, e inspiran, a pesar de su entereza y espíritu de resignación, gran compasión. He aquí una muestra: refiriéndose a su esposo que corrió aventuras en Quito y en París, escribe a su hija Florencia, el 2 de mayo de 1854: "Yo, después de ver a sus hijos, tiemblo de ver al padre". En otra del mes de julio expresa a propósito de un parto: "estos Mendeville dan trabajo; encargará a mi generación que huyan de este nombre". Nada digamos de las repetidas expresiones de esperanza en la lotería, para reponer sus dislocadas finanzas.

Sin embanderarnos con ninguna tendencia, es curioso observar cómo algunos comentaristas han recordado sus referencias a los atropellos y a la caída de Rozas (de quien ésta era amiga), pero no consignan sus juicios sobre acontecimientos posteriores, que sin ser abundantes son sintomáticos y necesarios para nuestros futuros historiadores. Así, el 25 de noviembre de 1854, trasmite las noticias que le llegaron sobre las matanzas del general Hornos, "que ha degollado a todos los prisioneros, haciendo levantar de la cama a los heridos para matarlos", y comenta: "¡qué gente tan mal hay en nuestra tierra! Vengan brutos de todas las naciones para poblar, y hagamos una nueva Babel, pero antes matemos a los nuestros... lo peor es que el que piensa así es urquicista..."

El 16 del mes siguiente: "¡qué tierra es la nuestra! Se ha de verificar mi profecía* de que han de tener que sacar para gobernar de entre los presos de la cárcel, porque el que tenga que perder no querrá sufrir los insultos y murmuraciones". En el mismo año: "Aquí dicen que Hornos y Mitre no quieren la guerra, cosa muy natural, después de haberles elogiado más que a San Martín".

A Enrique Lezica, el 12 de septiembre: "Dale con traer inmigración y matar lo nuestro"; y a propósito de Coe: "Las venganzas de esos hombres se harán causas patrióticas y así vamos siempre para atrás".

El 1 de abril de 1856 escribe a Alberdi: "Héctor Varela, que quiere especular siempre con la muerte de su padre... Se llama progreso el destruir los espíritus y los pueblos. En la guerra civil, los italianos, la legión valiente, ha hecho horrores. Para cada hijo del país tiene Ud. 20 barcos y otros tantos italianos".

Su pensamiento sobre la inmigración lo sostiene todavía, el 26 de junio de 1859, y lo enfrenta crudamente con la realidad nacional: "Pedir a los presidios